

Errico Malatesta, Individualismo y Comunismo.

Texto 1.

Los individualistas suponen o hablan como si supusieran que los comunistas (anarquicos) desean imponer el comunismo, lo que naturalmente los excluiría en absoluto del anarquismo.

Los comunistas suponen o hablan como si supusieran que los individualistas (anarquicos) rechazan toda idea de asociación, desean la lucha entre los hombres, el dominio del más fuerte –ha habido quien en nombre del individualismo sostuvo estas ideas y otras peores aún, pero a tales individualistas no se les puede llamar anarquistas–, y esto los excluiría no sólo del anarquismo sino también de la humanidad

En realidad, los comunistas son tales porque en el comunismo libremente aceptado ven la consecuencia de la hermandad y la mejor garantía de la libertad individual. Y los individualistas, los que son verdaderamente anarquistas, son anticomunistas porque temen que el comunismo someta a los individuos nominalmente a la tiranía de la colectividad y, en realidad, a la del partido o de la casta, que con la excusa de administrar lograrían apoderarse del poder y disponer de las cosas y, por lo tanto, de los hombres que tienen necesidad de esas cosas, y desean entonces que cada individuo o cada grupo pueda ejercitar libremente la propia actividad y gozar libremente de los frutos de ésta en condiciones de igualdad con otros individuos y grupos, manteniendo con ellos relaciones de justicia y de equidad.

Si es así, resulta claro que no existe una diferencia esencial. Solamente que, según los comunistas, la justicia y la equidad son, por las condiciones naturales, irrealizables en el régimen individualista y, por ende, sería también irrealizable la libertad.

Resultaría además imposible la proclamada igualdad del punto de partida, es decir, un estado de cosas en el cual cada hombre encontrara al nacer iguales condiciones de desarrollo y medios de producción equivalentes para poder subir a mayor o menor altura y gozar de una vida más o menos larga y feliz según las propias facultades innatas y su propia actividad.

Si en toda la Tierra reinaran las mismas condiciones climáticas, si los suelos fuesen igualmente fértiles en todas partes, si las materias primas estuvieran distribuidas en el mundo y al alcance de la mano de quien tiene necesidad de ellas, si la civilización fuera general e igual, y el trabajo de las generaciones pasadas hubiese puesto a todos los países en igualdad de condiciones, si la población estuviese parejamente distribuida sobre toda la superficie habitable, entonces se podría concebir que cada uno, individuo o grupo, encontrase tierra e instrumentos y materias primas para poder trabajar y producir independientemente, sin explotar a nadie ni ser explotado. Pero en las condiciones naturales e históricas tal como se dan, ¿cómo establecer la igualdad y la justicia entre aquel al que le tocara en suerte un trozo de terreno árido que requiere mucho trabajo para dar un escaso producto y el que tuviese un trozo de terreno fértil y bien situado? ¿O entre el habitante de una aldea perdida entre las montañas o en medio de pantanos y el que vive en una ciudad enriquecida por centenares de generaciones con todos los aportes del ingenio y del trabajo humano?

[1]Pensiero e Volontà, 19 de julio de 1924.